



VARÓN NO VITUPERABLE
LA TRAGEDIA
DE CAYO HOSTILIO MANCINO

Abraham Rivas Lombardi

VARÓN NO VITUPERABLE
LA TRAGEDIA
DE CAYO HOSTILIO MANCINO



Primera edición: febrero de 2021

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Abraham Rivas Lombardi

ISBN: 978-84-18544-92-7

ISBN digital: 978-84-18544-93-4

Depósito legal: M-2328-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi padre (+), que me inculcó
el amor por la historia militar.*

*A mi madre, que me inculcó
el interés por la política.*

Gracias, por todo.

NOTA DEL AUTOR

No dejes de leerla...

A mediados del siglo II a. C., la República de Roma era la potencia dominante en el mar Mediterráneo. Aun cuando los territorios romanos no habían alcanzado las enormes dimensiones del siglo I d. C., por entonces ya comprendían el sur y suroeste de Hispania, la costa sur de la Galia, Italia hasta el valle del río Po, las islas de Cerdeña, Córcega y Sicilia, la costa dalmática, Grecia y Macedonia y el norte de África.

Tras tres siglos de constantes luchas para sobrevivir y luego enseñorearse en el centro y sur de la península itálica, Roma había experimentado en apenas 30 años (218 a. C.-190 a. C.) una espectacular expansión territorial, fruto de su triple victoria alcanzada contra Cartago en la Segunda Guerra Púnica, Macedonia durante la Segunda Guerra Macedónica y el Imperio seleúcida, potencia hegemónica de Asia Menor y Siria. El eje del poder en el Mediterráneo se había trasladado del Oriente post Alejandro Magno hacia Italia, con Roma como centro de aquel poder.

El nuevo papel de potencia preponderante trajo a Roma enorme influencia, tributos y riquezas, así como un incesante flujo de migrantes y esclavos; configurando un escenario inédito para la austera y disciplinada República, así como desafiando su organización política.

El orden constitucional romano y, por ende, su organización política se sustentaban en la concentración del poder político y económico en dos órdenes sociales: senatorial y ecuestre. El emblema de Roma: el Senado y el Pueblo de Roma (SPQR), aun cuando retrataba convenientemente tal orden constitucional, ocultaba el férreo control aristocrático del Gobierno.

El orden senatorial era con mucho el predominante y agrupaba a los descendientes de las familias patricias (nobles) y plebeyas que habían fundado la República y que, tras más de 100 años de disputas intestinas de reivindicación de derechos de los plebeyos, terminaron con la concesión de matrimonios mix-

tos (445 a. C.), nuevas magistraturas para estos (351 a. C.) y asimismo con las *Leyes Licinia-Sextias* (367 a. C.), que consagraron la elección anual de un cónsul patricio y de un cónsul plebeyo.

La nueva élite gobernante patricio-plebeya (*nobilitas*) monopolizaba los asientos en el Senado republicano, así como los altos mandos militares y las codiciadas magistraturas públicas: cónsules, pretores, ediles, tribunos de la plebe y cuestores, así como la extraordinaria dictadura y los honorabilísimos cargos de príncipe del Senado y censores. Solo los procedentes de las grandes familias patricias y plebeyas podían acceder a tan ansiados puestos y aún entre esta élite las viejas casas patricias reclamaban ciertas prerrogativas sobre los plebeyos, lo que a menudo desembocaba en conflictos políticos, resueltos negociadamente. Todavía estaba lejos el tiempo en que los romanos dirimirían sus pleitos en guerras civiles... pero no muy lejos.

El orden ecuestre seguía en importancia social y sus miembros poseían de las más grandes fortunas de la República, diversificadas en múltiples actividades económicas y cobro de tributos, a diferencia de la restricción impuesta a los senadores, que se concentraban en la propiedad agraria. Sus servicios públicos los empezaban como oficiales en el Ejército y luego en puestos administrativos, cuya obtención dependía de la solidez de sus relaciones de clientelaje con las familias senatoriales.

El pueblo de Roma asentía disciplinadamente a este régimen político y social, contribuyendo a su sostenimiento ofrendando su capital más preciado: sus hijos convertidos en soldados. La explicación no estaba en su ínfima participación en las decisiones políticas de la República, sino en un patriotismo forjado en siglos de luchas por la supervivencia y en las garantías de orden y seguridad que los órdenes sociales dominantes ofrecían. Un conjunto de relaciones de clientelaje con las familias senatoriales y ecuestres terminaban de configurar la estable vinculación entre el pueblo y las castas dirigentes.

El gobierno romano se ejercía a través de magistraturas anuales, renovadas a fines de cada año y esta modalidad no presentó problemas en tanto la República estuvo asentada en el centro de Italia. Empero, con el vertiginoso crecimiento de los territorios bajo el control de Roma, el sistema de mandos anuales reveló su ineficacia, por la necesidad de enviar gobernadores y funcionarios a las nuevas provincias a ejercer mandatos breves y de alta rotación.

Además, este nuevo escenario incrementó significativamente las rivalidades entre las familias de la *nobilitas* que deseaban para sus miembros la mayor cantidad de magistraturas y mandos, ansiosos de poder y riquezas. Esta rivalidad se ventilaba principalmente en el Senado, en los comicios centuriados donde se

elegían las magistraturas y en menor grado en la asamblea popular, institución disminuida por la prevalencia del Senado.

El sostén de la organización política de la República era el disciplinado ejército de ciudadanos en los que Roma reposaba su defensa y que originalmente estaba formado por cuatro legiones de poco más de 4.000 hombres. Históricamente, el ejército se reclutaba anualmente entre los hombres libres de la República, quienes, finalizada la temporada de campaña, retornaban a sus tierras y actividades, configurando un conveniente equilibrio entre el servicio público y los intereses privados.

Las espectaculares victorias de Roma a partir de la Segunda Guerra Púnica (218 a. C.-202 a. C.) alteraron esa dinámica y la conquista de nuevos territorios obligó no solo a extender el servicio legionario e incrementar sus efectivos con la ampliación del número de legiones, sino que desplazó a las tropas romanas fuera de su hábitat italiano. El ejército patriótico, organizado para la defensa, se convirtió en un ejército de ocupación en tierras lejanas.

Nuestra historia comienza en el año 138 a. C. y se extiende hasta mediados del 136 a. C. y, para introducirnos en ella, debemos responder la siguiente interrogante: ¿cuál era el panorama de la República a mediados del siglo II a. C.?

Las armas romanas habían vuelto a librar una guerra trilateral, conquistando los restos de la Grecia libre en el 146 a. C. y destruyendo la civilización cartaginesa con la toma de su capital, Cartago, tras un cruento asedio de tres años (149-146 a. C.); empero, se habían empantanado en las guerras de Hispania, iniciadas el año 153 a. C. y que, año tras año, consumían las fuerzas de la República en los frentes de Lusitania y Celtiberia.

Las victorias en Grecia y Cartago, inevitables por la ventaja militar de la República, reverdecieron las armas romanas, pero camuflaron un hecho cada vez más evidente para los contemporáneos: el ejército estaba perdiendo combatividad y disciplina. Los sucesivos reveses de las legiones en Hispania que atascaron la situación estratégica confirmaban esta idea. Las nuevas oportunidades de vida en Italia, aunadas a la extensión del servicio legionario y a la rudeza de la resistencia ibérica, pasaban factura al ejército de ciudadanos.

Políticamente, el Senado de Roma, centro de poder de la República, estaba dividido por aquellos años en tres facciones. Las dos mayoritarias eran lideradas de un lado por Publio Cornelio Escipión Násica Serapión, cónsul del año 138 a. C. y descendiente de la gloriosa familia Cornelia Escipión, vencedora de Cartago y el Imperio seleúcida. La otra facción la encabezaba Apio Claudio *Pulcher*, antiguo cónsul del año 143 a. C. y cabeza de una de las familias patricias más antiguas y ennoblecidas, la *gens* Claudia.

Alrededor de ambos liderazgos se agrupaban las ambiciosas familias senatoriales, en permanente pugna por alcanzar los suficientes apoyos para lograr cargos públicos o votaciones favorables a sus intereses políticos o comerciales; enfrentamiento que se renovaba año tras año. Sin embargo, en los últimos años y paralela al indetenible crecimiento del poderío romano, la lucha política se había encarnizado en el Senado y extendido a las calles, alcanzado niveles de encono y violencia sin precedentes en la historia de la República.

Un tercer sector, minoritario en número, pero suficiente para inclinar la balanza hacia una u otra facción, lo conformaban los senadores de las viejas y prestigiadas familias aristocráticas, básicamente integradas por los herederos de las *gens* más antiguas y tradicionales de la *nobilitas*. Liderados por el veterano Lucio Papirio Cursor, sus miembros estaban preocupados por el peligroso escalamiento de la rivalidad entre los bandos de Escipión Násica y Pulcher, de ahí su decisión de orientar sus votaciones a neutralizar a ambas facciones.

Nuestro personaje principal, el senador Cayo Hostilio Mancino, provenía de una antigua casa romana cuyos orígenes se remontaban a la extinta monarquía y, aun cuando había pasado casi inadvertida por siglos, los últimos 40 años habían traído poder y gloria a su familia, cuando su padre y su hermano mayor alcanzaron el consulado de los años 170 a. C. y 145 a. C., respectivamente.

Hijo y hermano de cónsules, Cayo Hostilio Mancino era un acérrimo partidario de Escipión Násica, a quien estaba unido por una amistad nacida en la infancia y, aun cuando no era considerado entre los dirigentes de la facción senatorial de Násica, su cercanía al líder le valieron alcanzar la pretura y finalmente ser su candidato al consulado de la República para el año 137 a. C., por encima de senadores mucho más acreditados, política y militarmente.

Esta es la historia del consulado de Cayo Hostilio Mancino.

Varón no vituperable, pero el general
más desgraciado de todos los romanos.

PLUTARCO

ADOPCIÓN

Roma, enero de 617 AUC¹ (136 a. C.)

—Llévate al niño, es hora que duerma.

—Padre, ¡quiero estar contigo! —protestó el pequeño.

La profunda tristeza en el rostro del consular varió a una tenue sonrisa. Acarició los rubios cabellos del infante y lo entregó a la sirvienta.

—Debes ir a descansar, pequeño Aulo, mañana jugaremos. Esta noche tengo que trabajar.

Apareció Tito Barbato con rostro serio y anunció a su *dominus* que todo estaba dispuesto en el ambiente contiguo. Cayo Hostilio Mancino se dirigió al recinto, se acomodó frente a su escritorio, tomó la pluma y empezó a redactar el documento más doloroso que un padre podía escribir.

«Querido Aulo, hijo mío, tu padre te ha amado y te amará siempre. Cuando leas esta carta ya habrás dejado de ser un niño y serás un muchacho, capaz de entender las razones por las cuales debí entregarte en adopción a unos queridos amigos míos y que hoy te tienen bajo su protección y apellido...».

1 *Ab urbe condita* (AUC), frase que significa «desde la fundación de la ciudad», para datar el inicio de la cronología romana establecido en el 753 a. C.

CÓNSUL DE ROMA

Roma, diciembre de 615 AUC (138 a. C.)

Cae la fría tarde y el tumulto se va acercando a la casa. Decenas de hombres conversan y vitorean animadamente, encabezados por varios cuya dignidad senatorial es inocultable. Los transeúntes y los vecinos del barrio los observan con interés; «Es el cortejo de los vencedores», piensa un tendero que contempla al grupo ingresar a la casa de la familia más distinguida de la calle.

—¡Ave Cayo Hostilio Mancino! ¡Ave cónsul de Roma!² —grita Cneo Terencio Varrón.

—¡Ave Násica! ¡Hacedor de cónsules! —alardea Lucio Cornelio Cinna, encabezando el séquito de lictores³.

—¿Hacedor de cónsules?—se mofa Cayo Cecilio Metelo en medio del jolgorio.

El griterío anuncia el resultado de las elecciones consulares, la justa electoral anual que enfrenta a las facciones más poderosas de la *nobilitas*⁴ romana. Contra todo pronóstico, Cayo Hostilio Mancino, hijo y hermano de cónsul, ha sido elegido para la más alta magistratura de la República de Roma.

Agotado pero sonriente, escoltado por sus más fervientes y bulliciosos partidarios, el electo cónsul transita por la misma calle donde 33 años antes, siendo un niño, había acompañado a su padre en su regreso triunfante a casa, luego de su elección como cónsul. Entre sus más bulliciosos adláteres están sus sobrinos Lucio y Spurio Postumio Albino, tribunos militares.

Sus hijas Hostilia Mayor y Hostilia Menor, que acompañadas del pequeño Aulo, habían aguardado en la casa paterna el resultado de los comicios centuria-

2 Máxima magistratura de la República romana. Anualmente se elegían dos cónsules, cuyos nombres enuncian el año romano y que ejercían los poderes ejecutivos.

3 Ciudadanos que integraban la seguridad de los magistrados romanos. Un cónsul tenía derecho a 12 lictores y un pretor a seis.

4 Nobleza romana, comprendía la porción de la sociedad que incluía a los linajes patricios y plebeyos.

dos, se abalanzan a los brazos de su padre y se confunden en un interminable abrazo, que es fervorosamente saludado por los presentes.

Las lágrimas invaden los rostros de las muchachas, que pocos años atrás han sufrido abnegadamente las muertes de su madre y su hermano mayor.

—Lo he conseguido —murmura a sus hijas la autoridad electa—, los igualé en dignidad —agrega mientras las acaricia y besa afectuosamente.

Ilustres y ennoblecidos ciudadanos contemplan con condescendencia la escena, liderados por el poderoso Publio Cornelio Escipión Násica Serapión, cónsul en funciones, pontífice máximo⁵ y amigo desde la infancia de Cayo Hostilio Mancino, quien, contra lo que las formalidades del proceso electoral demandaban, encabeza esta noche las festividades. Pero Násica nunca había sido muy pudoroso en sus métodos.

Unos metros más allá, en la esquina de la calle, un hombre pasa inadvertido entre los múltiples curiosos. Enfundado en una gruesa capa que casi le cubre el rostro, acompaña con la mirada al cortejo hasta que este ingresa a la casa y luego se pierde entre la gente. Cayo Didio Vocola no oculta una sonrisa.

El jolgorio invade la residencia, a la que arriban amigos y parientes, alertados por los resultados, y se dispersan por todos los ambientes de la edificación. No hay secretos en Roma el día de los comicios. Barbato, el intendente, ordena traer abundante vino y aguamiel, mientras encarga que busquen a los músicos y que los cocineros se echen a trabajar. No tenían nada preparado, eran escépticos sobre la elección del *dominus*⁶.

Mientras el licor convierte los abrazos, las risotadas y los comentarios en interminables y empiezan a aparecer los manjares, un pequeño grupo de hombres se desliza al despacho privado del electo cónsul.

Los lectores de Násica montan guardia en los accesos: la reunión es solo para contados elegidos.

—¡Los hemos vencido en toda la línea! ¡El consulado! ¡Cuatro preturas! Ha sido inmejorable —alardea Násica, sintiéndose vencedor de la justa electoral.

—¡Pulcher debe estar preguntándose todavía qué pasó! —arremetió luego Publio Popilio Lenas, lanzando luego una risotada.

—Y la cara de sorpresa de Craso, parecía que hubiera descubierto a su mujer en la cama con un esclavo —añadía socarronamente Quinto Pompeyo Rufo.

—Si no hubiéramos respetado el acuerdo del año anterior, habríamos podido conseguir ambos consulados —apuntó el consular Marco Popilio Lenas.

5 Más importante autoridad religiosa de la República romana.

6 Señor.

—¡...y ese reptil de Lépido seguiría recogiendo ostras en Puteoli! —bromeó Pompeyo Rufo.

—No olvidemos a tu hermano —agregó Násica dirigiéndose a Cayo—, la indignación en su rostro solo era comparable con la de Serrano.

—Pobre Serrano —dijo Lucio Valerio Flaco—, pensó que tenía el consulado en las alforjas.

—Confiar en Pulcher y sus secuaces fue su perdición —apuntó Marco Popilio Lenas.

Llega Quinto Calpurnio Pisón, pretor urbano⁷ en funciones, trayendo las actas de las elecciones para que Násica las selle y valide los comicios, antes de ser grabadas en bronce. Luego, informa:

—Apio Claudio Pulcher y su gente están reunidos en casa de Craso. Han acudido Catón, los hermanos Fulvio Flaco, Papirio Carbón, Cneo y Quinto Servilio Cepión y han convocado a Cayo Lelio.

—Lobos que lamen sus heridas y Catón coloca los emplastos —se mofa Pompeyo Rufo generando una risotada.

Los comentarios y risotadas continúan hasta que Násica, visiblemente el líder del grupo, demanda silencio y perfila el futuro:

—Tenemos que actuar rápido para que nuestra victoria no se diluya. Hay que exigir al Senado que confirme el mando de Hispania para Lépido y que ratifique que tú permanezcas en Roma —apunta señalando a Mancino.

—Es muy importante que conduzcas nuestro programa legislativo aquí en Roma —agrega con voz grave el veterano consular⁸ Tito Quincio Flaminio, que se ha unido al selecto grupo.

—Eso es lo que me preocupa de la reunión de Pulcher... tienen mucha fuerza en el Senado —anota Publio Popilio Lenas.

Las guerras de Hispania espantaban a los políticos romanos, habían destruido los consulados más prometedores y nadie quería distraer el año de su mandato en las agrestes y hostiles sierras celtíberas y lusitanas.

Pero en ese momento, Cayo Hostilio Mancino parecía ajeno a estos trajines, como abstraído en otra realidad: La dulzura del triunfo lo embargaba y mientras sus contertulios debatían el inmediato futuro, el electo cónsul podía permitirse la licencia de disfrutar de su trabajosa victoria.

*

7 Segunda magistratura en importancia en la República romana, inmediatamente inferior al consulado. Hacia el 138 a. C. se elegían seis pretores anuales. El pretor urbano permanecía en Roma durante su mandato.

8 Era el título con que se conocía a los antiguos cónsules, una vez dejado el mando.

—¿Es lo que quieres? —preguntó la mujer.

—Eres mi única esperanza para ser elegido, mis apoyos actuales no son suficientes, necesito que intercedas ante tu esposo —respondió el hombre con desánimo.

—¿Násica lo sabe?

—Solo lo sabrá si existe una propuesta formal de los mandantes de tu esposo.

Entonces la mujer sonrió con ternura, contempló con dulzura el afligido rostro del hombre y tendiendo su brazo lo acarició con su blanca mano.

—Mi buen Cayo, es hora que consigas lo que has perseguido toda tu vida.

—Lo que perseguí toda mi vida fuiste tú, Claudia. Habría renunciado a todo por una vida contigo.

—Calla, calla, ambos sabemos que estamos prohibidos de tratar sobre aquello —dijo la mujer alejándose rápidamente, intentando ocultar su rubor.

*

Las columnatas de humo que emanan de las chimeneas de la ciudad anuncian este frío amanecer de las nonas de diciembre⁹. Hoy Roma despierta temprano, es el día de las elecciones a las magistraturas anuales y las miles de personas que han arribado a la ciudad para presenciar las votaciones atiborran mercados y fondas en procura del alimento matutino.

Cayo Hostilio Mancino mordisquea sin mucho entusiasmo una hogaza de pan recién horneado, mientras preocupado contempla otra vez los pergaminos donde anotó los posibles resultados de esta tarde. Todo está muy incierto. De pronto, su hija Hostilia Mayor lo aparta de su drama.

—Padre, llegaste muy tarde anoche.

—Sí pequeña, apenas he dormido, estuve algo ocupado —responde Mancino acariciando el cabello de su hija, mientras forzaba una leve sonrisa.

—¿Hay malas noticias? —indaga la joven.

—¿Por qué piensas eso?

—Veo tu rostro, padre, además Metelo estaba muy preocupado anoche en la cena.

—Las cuentas están muy divididas, será muy difícil que ganemos, querida.

—¡Pero el tío Násica lo prometió! —protestó la muchacha.

—Pequeña —dijo Mancino mirando fijamente a la joven—, no vuelvas a repetir eso, estamos en política y las promesas no siempre pueden cumplirse. Debes estar tranquila, porque batallaremos hasta el final y esperamos los resultados.

9 Día 5 de diciembre.

Aun cuando Mancino trataba de tranquilizar a su hija, su inquietud era evidente. En la tormentosa noche anterior y ante los líderes de la *nobilitas* comprometidos con su candidatura consular, Escipión Násica casi había capitulado.

La casa de Násica en el monte Palatino era un hervidero de partidarios y mensajeros que traían las últimas cuentas de las posibles votaciones y las noticias no eran para nada alentadoras. Parte de las fuerzas comprometidas para los comicios estaban desertando, presuntamente por la presión política y financiera de Apio Claudio Pulcher y sus aliados.

Mancino no podía ser mezquino con Escipión Násica, su amigo desde la infancia. Tras su tardío regreso de Hispania y tratando de controlar los comicios que elegirían a sus sucesores, Násica había apuntalado su candidatura, recorrido frenéticamente las casas de los senadores y équites más influyentes en busca de sus votos en los comicios de diciembre y, además, había descartado reemplazar a Mancino por algunos pretorianos¹⁰ mejor calificados como Sexto Junio Bruto, Quinto Marcio Rex o Sexto Valerio Mesala.

«Hostilio Mancino es mi candidato», repetía convencido, cuando hombres muy encumbrados y experimentados como los hermanos Popilio Lenas y Lucio Valerio Flaco le alertaban sobre las debilidades de carácter del candidato a cónsul. Mancino estaba profundamente agradecido con Násica.

Acaso si en la propia posición de Escipión Násica como cónsul en ejercicio estaba la explicación de haber llegado al límite de las fuerzas que apoyaban a Mancino y el comienzo de la desertión. Aun cuando provenía de una de las familias más grandes de la República, cargada de consulados y honores, pletórica de popularidad y vinculaciones, Násica había atropellado a importantes sectores de la aristocracia en su camino por encumbrarse como líder de una importante facción de la *nobilitas* y asegurar su elección como cónsul el año anterior.

Luego, empezó a pagar las consecuencias en el mismo año de su mandato. Primero, Publio Cornelio Escipión Emiliano Africano, su primo por adopción pero su feroz adversario, rompió la lealtad familiar y se alineó con la facción de Pulcher, Catón y los hermanos Fulvio Flaco para sacar a Násica de Roma y enviarlo a Hispania, con lo que encalló su programa legislativo. La maniobra era clara, con su colega consular Décimo Junio Bruto ya destinado a la Península, enviar a Násica fue neutralizarlo.

Segundo, se formó una coalición anti Násica para impedir que dirigiera las elecciones de diciembre, encargando el Senado a Décimo Junio Bruto el honor de presidir los comicios centuriados, para lo cual la Alta Cámara le ordenó regresar a fines del verano.

10 Era el título con que se conocía a los antiguos pretores, una vez dejado el cargo.

Con este panorama, Escipión Násica necesitaba urgentemente conseguir uno de los consulados para sus partidarios, prolongar así su influencia política, asegurar una provincia para sí una vez culminado su mandato y sobre todo mantener la cohesión de sus fuerzas.

Cuando al filo de la medianoche Escipión Násica se retiró a sus habitaciones, casi vencido, el propio Mancino tuvo que tomar el control de su campaña. «Si quiero ser cónsul de Roma, hay aún mucho que hacer», pensó el candidato sobreponiéndose a su propio temor y desconcierto, invocando a los más esclarecidos miembros de la *nobilitas* que lo acompañaban, a tan altas horas de la noche, a apelar a las afinidades de clase, lazos familiares y comerciales, deudas y demás vínculos, en procura de tornar las cuentas.

Después de todo, las relaciones de clientelaje a las que estaban sometidos los votantes al interior de las centurias de donde luego saldrían los votos en los comicios permitían que el solo cambio de posición de un patrón significara el realineamiento de importantes bolsones electorales.

—El linaje prima sobre el dinero, hay que presionar a esos cobardes, el miedo a Pulcher y sus esbirros no puede decidir los consulados —alentó a sus partidarios.

—¡Esta batalla no está perdida! —rugió Quincio Flaminio.

El propio Hostilio Mancino tiene que marchar hacia una enorme casa al pie del monte Capitolino, apenas sí acompañado de un criado, como queriendo pasar inadvertido para los escasos transeúntes que transitaban a tales horas por ese lado de la ciudad, que había recorrido con familiaridad desde sus años más tiernos.

*

Cayo Cecilio Metelo apareció en el portón con una sonrisa relajada. Parecía no estar al tanto de la importancia del día. Empero, su apariencia engañaba, pues su compromiso con la candidatura de Mancino lo había tenido hasta la madrugada buscando adhesiones, amparado en la gran popularidad de su glorioso apellido.

Era Metelo un joven alto, robusto y apuesto, proveniente de una de las más prestigiosas familias de la *nobilitas* romana, aun cuando su origen era plebeyo. Hijo del consular Quinto Cecilio Metelo Macedónico, sobrino del consular Lucio Cecilio Metelo Calvo, era esposo de Hostilia Mayor y, por lo tanto, yerno de Cayo Hostilio Mancino.

Pero no era solo el parentesco político con Mancino lo que explicaba su decisión de promocionar aguerridamente aquella postulación. No, era su inquina

personal contra Apio Claudio Pulcher, que había compartido el consulado con su padre años antes¹¹ y quien, maniobrando ladinamente, había frustrado su programa legislativo y conseguido que el Senado enviara a Metelo Macedónico a Hispania, mientras Pulcher dirigía una innecesaria campaña de saqueo y enriquecimiento vil contra las tribus sálasas de los Alpes.

—La diosa Fortuna nos será propicia —expresa optimista el joven Metelo a Mancino y a los partidarios que ya acompañaban al candidato consular.

—¿Eres adivino? —contesta con simpatía su suegro.

Agotado pero esperanzado, Mancino contempla a la treintena de expectantes hombres que encabezados por sus sobrinos Lucio y Spurio Postumio Albino y ataviados con sus togas pretextas lo rodean y dispone enrumbar hacia el Campo de Marte, escenario de los comicios. El candidato consular está vestido con su toga cándida, totalmente blanca, por su condición de candidato.

A poco de salir se les une Sexto Junio Bruto, antiguo pretor, quien era primo hermano del cónsul Décimo Junio Bruto. Ha venido a acompañar a Mancino en este día, no solo porque los une una antigua aunque lejana amistad, sino también el profundo dolor por la muerte de su hijo mayor, Marco Hostilio Mancino, el joven tribuno militar¹² caído dos años antes bajo las órdenes de Bruto, entonces legado del cónsul Marco Popilio Lenas en el noroeste de Hispania, cuando el muchacho apenas tenía 18 años.

—Tenía que estar contigo en este día —le expresa mientras se confunden en un fuerte abrazo.

Escipión Násica, que aquel día está al mando de las escasas tropas presentes en Roma, pues Junio Bruto presidía las elecciones, ha dispuesto que una guardia armada escolte a Mancino y sus partidarios para evitar los incidentes que suelen producirse en las callejuelas de la ciudad en el día de los comicios. Los otros candidatos, Sexto Atilio Serrano y Marco Cornelio Dolabela, han rechazado la guardia, aun cuando Atilio Serrano tiene una costeadada por la facción de Pulcher y Dolabela, primo lejano de Násica, se ha proveído una custodia propia.

Pero aquel mando era engañoso, pues aquellas tropas con armas ligeras habían sido traídas de Hispania por Junio Bruto, quien regresó mes y medio antes que Násica de la Península, por lo que su control era relativo. Además, el Senado había autorizado excepcionalmente la presencia de tropas armadas en la ciudad, a fin de mantener el orden en la época electoral colaborando con el centenar de lictores que protegían la Alta Cámara.

11 610 AUC (143 a. C.).

12 Grado militar que correspondía a los jóvenes oficiales de familia senatorial y con el cual comenzaban sus carreras militares. En el 138 a. C. existían seis tribunos por legión.

En Roma estaban muy satisfechos con el cónsul Junio Bruto, quien había lavado un poco la cara de las armas romanas con su exitosa campaña en el norte de Lusitania contra las tribus de cántabros y astures, abruptamente interrumpida tras ser llamado por el Senado para frenar las ambiciones de Násica.

El tercer candidato, Sexto Atilio Serrano, no era un extraño para Mancino. No solo eran contemporáneos, sino que sus padres fueron juntos cónsules de Roma en el 583 AUC (170 a. C.) y luego, al regresar de sus tribunados militares, estudiaron juntos en el *vigintisexvirato*¹³, donde desarrollaron una fuerte antipatía personal, explicada por la exigente competencia que demandaba avanzar en el *cursus honorum*¹⁴. Aun cuando ambos hombres fueron elegidos cuestores, ediles y pretores juntos, la rivalidad y distancia se acrecentó mientras recorrían los cargos previos al consulado.

En este escenario es que se enfrentaron por la máxima dignidad, en un año en que las vacantes para el consulado estaban reducidas a una, pues para ahorrarse el drama de la elección del año anterior, las diversas facciones de la *nobilitas* habían acordado votar por Marco Emilio Lépido Porcina, quien había perdido el consulado junior ante Décimo Junio Bruto por un voto!

Dolabela, el cuarto candidato, era el acaudalado heredero de la inmensa fortuna que acumuló su abuelo, antiguo pretor de Roma, quien financió la elección de su padre, Cneo Cornelio Dolabela, como cónsul, 22 años atrás. Se decía que había comprado el retiro de la candidatura de Lucio Pomponio. Su familia estaba entroncada con los aristocráticos Cornelio, siendo su rama más cercana a los Cornelio Léntulo que a los Cornelio Escipión. Si bien es cierto todas las voces hablaban de una disputa muy estrecha entre Serrano y Mancino, Dolabela había regado suficiente dinero entre las centurias como para alentar algunas esperanzas.

Al llegar al mediodía, el Campo de Marte está colmado de ciudadanos. Una fría brisa venida del cercano Tíber recorre las escalinatas del Templo de Apolo, sobre las que se ha montado el altar desde el cual el cónsul Décimo Junio Bruto, vestido con su toga *palmata*¹⁵, presidirá las elecciones. Bruto, hombre petulante y mordaz, saborea su momento de protagonismo. Un poco más atrás, ya sentado en su silla curul y con cara de pocos amigos, está Násica, permanentemente asistido por su cuestor¹⁶, Cayo Casio Longino.

13 Conjunto de cargos administrativos menores que desempeñaban los jóvenes de familia senatorial antes de presentarse a los cargos del *cursus honorum*.

14 Se refería a las diferentes magistraturas que debían desempeñar los romanos de rango senatorial: cuestura, edilidad, pretura y consulado.

15 Toga ceremonial purpurada y decorada con aplicaciones de oro, utilizada por cónsules y generales victoriosos.

16 Magistratura inicial del *cursus honorum* romano.

La vista es impresionante para Mancino y sus partidarios cuando arriban al Campo de Marte. Bajo el altar que ocupan los cónsules, los pretores y el anciano príncipe del Senado, Marco Claudio Marcelo, antiguo pretor y el más respetado de los miembros de la Alta Cámara; están las sillas curules de los candidatos a los cargos públicos e inmediatamente después los asientos de los senadores votantes.

Detrás de estos, los acaudalados ciudadanos que perteneciendo al orden senatorial no integran el Senado, pero que tienen voto en los comicios. Finalmente, los équités, miembros del orden ecuestre, el segundo en importancia social, que completan los electores.

Apio Claudio Pulcher y sus colaboradores más cercanos ocupan sus lugares dentro de las centurias de segunda categoría. Un poco más allá está el consular Lucio Hostilio Mancino, hermano mayor del hoy candidato, muy cercano a la facción de Pulcher y público adversario de la elección de su hermano como cónsul.

Mancino no permanece mucho tiempo en su sitio, prefiere quedarse entre sus seguidores y participar en las incidencias de la votación. Los Popilio Lenas, Lucio Valerio Flaco, Metelo, Sexto Junio Bruto, Lucio Cornelio Cinna y su hermano Cayo, sus sobrinos Postumio Albino y otros ennoblecidos amigos lo rodean. De todos, el joven Metelo era de lejos el más entusiasta, paseándose entre las filas de votantes derrochando una simpatía poco habitual en los miembros de su ilustre familia.

—Lujos que solo se pueden dar los que apellidan Metelo —apunta sonriente Cneo Terencio Varrón, senador, antiguo edil¹⁷ y leal partidario de Mancino.

—El muchacho nos ha sido de mucha ayuda, es un yerno ejemplar —contesta el candidato a cónsul, mientras repasa una vez más sus cuentas.

Los legionarios al mando del pretor Cayo Acilio Lamia habían acordonado el sector de los votantes, mientras otros han tomado emplazamiento alrededor de todo el Campo de Marte, atentos a reprimir cualquier asonada. El ambiente es muy tenso, se habían reportado incidentes en la plaza del mercado en la mañana.

Miles de romanos han concurrido al evento electoral, los comicios centuriados, uno de los acontecimientos más importantes del año, pese a que la decisión corresponde a poco más de 300 personas, los representantes de las 308 centurias electoras para este año 615 AUC (138 a. C.).

Las fuerzas de Pulcher, que apoyan a Atilio Serrano, se han acomodado a la derecha del altar y las de Násica a la izquierda. La mutua hostilidad es manifiesta

17 Segunda magistratura del *cursus honorum* romano. Era inferior a la pretura. Anualmente, se elegían cuatro ediles para la ciudad de Roma.

y, previendo incidentes, el pretor urbano Quinto Calpurnio Pisón había ordenado detener días antes a los jefes de las pandillas de la colina Aventina¹⁸, intentando evitar que tales buscapiéitos vendieran sus viles servicios a los candidatos en liza.

La elección está en manos de los representantes de cada una de las 308 centurias reunidas en los comicios. Los ciudadanos de primera categoría, con fortunas mayores a un millón de ases¹⁹ y, por tanto, la flor y nata de la aristocracia romana, estaban agrupados en 70 centurias. Los de segunda categoría con fortunas entre 750.000 a un millón de ases estaban agrupados en 70 centurias.

Los ciudadanos de tercera categoría, con fortunas entre 500.000 a 750.000 de ases, estaban agrupados en 70 centurias. Los de cuarta categoría, con fortunas entre 250.000 a 500.000 ases, estaban agrupados en 70 centurias. Los de quinta categoría, con fortunas entre 110.000 a 250.000 ases, estaban agrupados en cinco centurias. Los ciudadanos de sexta categoría estaban agrupados en cinco centurias y los ciudadanos de séptima categoría, es decir, los representantes del orden ecuestre, estaban reunidos en 18 centurias.

Mandado el silencio y siguiendo el rito de los comicios centuriados, el cónsul Décimo Junio Bruto debe consultar a los auspicios. De pronto, un rictus de desagrado se dibuja en su rostro. El augur Próculo Decula, que ha visto el vuelo de las aves, le manifiesta que una de ellas ha salido volando hacia el oeste indiferente, dos han chocado en pleno vuelo causándose graves heridas y el resto se ha negado a levantar vuelo. El augur dice que los auspicios son desfavorables.

Bruto vacila. Los nobles, los electores y en especial la muchedumbre empiezan a inquietarse. Escipión Násica se entera del problema y conmina al cónsul presidente que dé por favorables los auspicios.

—¿Quieres que nos corten el cuello? —intimida a Bruto.

Bruto permanece impasible, es inmune a las rabietas de su colega consular. Pero le asalta la duda del porqué Násica está tan interesado en realizar la votación de inmediato, si en la *nobilitas* se comentaba que hasta la noche anterior las fuerzas que apoyaban a Cayo Hostilio Mancino eran inferiores en número que las reclutadas por Atilio Serrano.

Mientras Bruto cavilaba, Násica recuerda que es el pontífice máximo de la República y, por ende, según la ley sacra, tiene el poder de ordenar al augur Decula que declare favorables los auspicios.

—¿Es eso cierto? —indaga Bruto dirigiendo su mirada al augur.

El augur asiente casi imperceptiblemente. No se sabe si es por respeto a la ley sacra o por temor a la cólera de Násica.

18 Peligroso barrio al sudoeste de la ciudad.

19 Moneda romana.

—¡Hazlo! —insiste Násica.

Bruto cede, anuncia solemnemente que los auspicios son favorables y llama al pueblo congregado en los comicios centuriados a elegir a las autoridades de la República. Pero inmediatamente ordena a su propio cuestor, Lucio Annio Rufo, que se acerque al bando de Pulcher y averigüe si la correlación de fuerzas se ha alterado. Aun cuando Junio Bruto ha tratado de mantenerse neutral, era conocida su cercanía a los enemigos de Násica.

El protocolo electoral exige que primero se elijan a los cónsules, luego los pretores, por lo que el drama se afincaba temprano en el Campo de Marte. Bruto da lectura a los candidatos al consulado y convoca a los delegados de los postulantes para discutir los términos de la votación, habida cuenta de la situación *sui generis* de la candidatura de Marco Emilio Lépido Porcina.

Efectivamente, el delegado de Lépido, su primo Lucio Emilio Paulo, ha solicitado que la votación de esta candidatura sea por separado, por contar con el consenso de las demás candidaturas, con lo que su patrocinado será el cónsul senior. Tito Quincio Flaminio, consular y delegado de Mancino, se muestra indiferente; por su parte, el consular Cneo Servilio Cepión, delegado de Atilio Serrano, no se opone, pero el representante de Dolabela, Quinto Fabio Polión, se declara tenazmente en contra.

Lo sorpresivo fue que el propio príncipe del Senado²⁰, Marco Claudio Marcelo, y algunos de los miembros más ancianos y aristocráticos del cuerpo legislativo, pertenecientes además a los ciudadanos de primera categoría, se pusieron al lado de Fabio Polión y cuestionaron la violación del procedimiento electoral que significaría votar separadamente la candidatura de Lépido.

La discusión se prolonga por un largo rato, generando incertidumbre y mortificación en los bandos en pugna y en el pueblo asistente. Un conato de protesta es aplacado rápidamente por las tropas del pretor Lamia y un contingente de caballería refuerza el perímetro exterior del Campo de Marte.

En el bando de Pulcher cunde la preocupación, nadie esperaba que los aristócratas más ilustres cuestionaran la elección de Lépido, heredero de una de las familias más ilustres de la República. El propio Apio Claudio Pulcher encuentra incomprensible el comportamiento del príncipe del Senado. Algo estaba pasando.

Pulcher convoca a Catón, los hermanos Fulvio Flaco y Papirio Carbón, entre otros, para repasar las cuentas. Sus números siguen siendo buenos.

—160 votos seguros —afirma convencido Carbón.

20 Senador romano de mayor dignidad que presidía las sesiones en ausencias de los cónsules y hablaba inmediatamente después de estos.

—Si nada ha ocurrido en la noche que pasó; con la mayoría de los votos a favor en las primeras dos centurias y con la división de la votación en las restantes, la victoria de Serrano está asegurada —agrega Publio Licinio Craso Muciano.

Apio Claudio Pulcher no parece convencido y exige otro recuento.

En última instancia, se reúnen en el proscenio ambos cónsules y el príncipe del Senado para resolver el entuerto. Claudio Marcelo sabe que su poder es inexistente en este asunto y solo puede aportar influencia moral. Finalmente, es Násica el que impone la elección separada de Lépido como cónsul senior, recordando que fue un acuerdo adoptado el año anterior.

—¡El acuerdo se respeta! —impone a Junio Bruto.

«¿Qué información tiene Násica que le hace defender el acuerdo a favor de Lépido a quien detesta profundamente?», se pregunta el cónsul Junio Bruto.

Ocurría que, independientemente de la información que parece poseer Escipión Násica, también sabe que incumplir el acuerdo podía desatar una tragedia. El ambiente ya estaba demasiado caldeado y el acuerdo adoptado el año anterior es de público conocimiento. No sería él quien desencadenara un conflicto civil. Finalmente, Marcelo cede y Bruto puede anunciar el inicio de las votaciones.

La primera votación es la elección de Marco Emilio Lépido Porcina para el cargo de cónsul. Entonces, los representantes de las centurias, de mayor a menor categoría, van ascendiendo uno a uno por las escalinatas del Templo de Apolo hasta el proscenio donde Junio Bruto y Calpurnio Pisón, el pretor urbano, supervisan que los votos vayan siendo ingresados en el cofre forrado en piel que sirve de urna.

El escrutinio no arroja sorpresas: Marco Emilio Lépido Porcina, hijo del cónsul del año 595 AUC (158 a. C.) Marco Emilio Lépido, es electo cónsul senior de Roma. El resultado es celebrado protocolarmente por sus fieles, pero recibido con desinterés por el pueblo congregado; no había emoción en una elección de esta naturaleza.

—Un hombre insípido, fútil —comenta el consular Marco Popilio Lenas, escupiendo al piso—, será cónsul solo por el honor de su apellido.

—Si el padre de Lépido hubiera engendrado un buey, hoy sería cónsul de Roma —ironiza Publio Popilio Lenas, desatando la carcajada general.

Mancino solo sonrío.

Lépido, aquel hombre frío y arrogante, se pone de pie y sin mucho entusiasmo agradece a sus fieles, pues para él es una tardía reparación que apenas compensa el amargo año que pasó tras la trastada del diciembre anterior. Ade-

más, siendo hijo y nieto de cónsules, aspiraba a la más alta magistratura casi exigiendo el reconocimiento a un derecho de sangre.

Entonces la expectativa se acrecienta, esta próxima la elección del cónsul junior y los ánimos de los seguidores de los candidatos Serrano, Mancino y Dolabela se van acelerando.

De pronto, ocurre un hecho impensado que enciende las alarmas de Apio Claudio Pulcher y sus hombres: Lépido Porcina se retira del lugar de votación, acompañado de sus colaboradores más cercanos. Aquello no estaba en el guion cuidadosamente diseñado por Pulcher, pues tenía el compromiso de Lépido de permanecer en los comicios y apoyar la candidatura de Serrano, con su presencia y los votos de sus partidarios.

—¡Detén a ese idiota! —ordena Pulcher a Papirio Carbón que corre a interceptar el cortejo de Lépido.

—¡Alto, nadie se acerca al cónsul! —se interpone enérgicamente Cayo Anicio Labeo, hombre de confianza de Lépido.

Un grupo de hombres detiene finalmente a Papirio Carbón con violencia. Entonces, Emilio Lépido abandona el Campo de Marte ante el desconcierto de las fuerzas de Pulcher, cuya cohesión empieza a ponerse en duda, pues Lépido tenía fuerte apoyo sobre todo en las centurias de tercera y cuarta categoría, donde sus relaciones de clientelaje eran muy sólidas.

Apio Claudio Pulcher tiene tiempo de asir del brazo a Lucio Emilio Paulo e increparle la retirada de Lépido.

—Agradece que no estoy armado, consular, sino tendrías un muñón sangrante en lugar de tu brazo —le espeta Emilio Paulo.

—¿Por qué se van? —le grita exaltado Pulcher.

En el bando de Mancino la sorpresa es también enorme. El consular Quincio Flaminio no comprende lo que sucede y pregunta a Junio Bruto y Calpurnio Pisón si la actitud de Lépido es legal. No obtiene una respuesta. Metelo sonríe traviesamente.

—Parece que mi padre ha sido muy persuasivo con la vestal máxima —comenta entre sigilos a Mancino.

Mancino vuelve a sonreír. Quinto Cecilio Metelo Macedónico, cónsul de Roma en el año 610 AUC (143 a. C.) y consuegro de Mancino, parecía haber jugado una carta decisiva sacando de en medio a Lépido Porcina y rompiendo las líneas de Pulcher.

Quienes no parecen inmutarse son los miembros de la primera categoría, quienes asisten impertérritos al desorden ocasionado por la partida de Lépido y el propio acto electoral. Representantes de ilustrísimas familias, la flor y nata

de la vieja aristocracia, afincadas en los orígenes mismos de la ciudad, votaban solemnemente sin dignarse a observar las filas de los ciudadanos de inferior categoría.

Los Decio Mus, Valerio Potito, Manlio Capitolino, Furio Camilo, Fabio Máximo, Cornelio Coso, Curio Dentato, Papirio Cursor, Mucio Escévola, Manlio Vulso, Menenio Agripa y otros apellidos históricos, muchos de ellos alejados de los ajetreos políticos, están acostumbrados a votar en bloque, por lo que, en una elección tan apretada como la de hoy, el sentido de su voto podría ser decisivo.

En medio de estos aristócratas, un hombre se desplaza con seguridad y bonhomía: Publio Mucio Escévola, aclamado como el mejor abogado de Roma, vinculado por generaciones con estas familias.

Escipión Násica, que ha seguido atentamente los últimos acontecimientos y aun sin entender del todo la jugada de Emilio Lépidio, decide aprovechar la oportunidad y presiona a Décimo Junio Bruto para que ponga a votación el consulado junior. Bruto cede, igualmente desconcertado.

Pulcher sabe que poco puede hacer y trata de calmar a Atilio Serrano, que percibe el peligro que se cierne sobre su candidatura, sobre todo por el efecto psicológico en sus votantes, ahora que un declarado aliado como Emilio Lépidio se ha marchado.

—Si los votantes de Lépidio mudan su voto, estamos perdidos —comenta el consular Cneo Servilio Cepión al liberto que lo asiste.

—¡No podemos perder esta elección! —ruge Pulcher y ordena a sus hombres que recorran las filas de votantes recordando las lealtades pactadas.

Un poco más allá, Pompeyo Rufo, enconado enemigo de Pulcher, sonrío. Por su lado, las fuerzas de Dolabela desatan una frenética cacería de votos, pensando que los votantes comprometidos con Lépidio Porcina han quedado en libertad de elegir. Los Popilio Lenas, Cneo Terencio Varrón y Sexto Junio Bruto hacen lo propio por el bando de Mancino, con mejores resultados que los agentes de Dolabela.

Los ánimos se van caldeando conforme los representantes de las 308 centurias van depositando sus votos ante el cónsul Junio Bruto y los crecientes rumores sobre la variación de los resultados a favor de Mancino inquietan a los hombres de Pulcher y Serrano.

Para entonces, un frío gélido se enseñoorea sobre el Campo de Marte, a tono con el clima de diciembre que acompaña a la ciudad de Roma. Ha terminado la votación y comienza el recuento de los sufragios. El ambiente se torna entonces tenso, conforme las papeletas se van contando.